

Shakespeare en las letras del Perú

por

Estuardo Núñez

Ni William Shakespeare, ni los dramaturgos del Siglo de Oro español, como Lope y Calderón, llegaron a ser universalmente conocidos hasta fines del siglo XVIII, —o sea algo más de 100 años después de muertos. Antes sólo tuvieron una difusión muy relativa. Las traducciones de Shakespeare a los idiomas modernos es tarea que se proponen los escritores románticos del XIX, como W. Schlegel en Alemania y Víctor Hugo en Francia. Por contagio, los pueblos latinos empiezan sólo en el Ochocientos a conocer en versiones más o menos fieles, los dramas y comedias del dramaturgo inglés. Así se explica la tardía acogida de Shakespeare entre los poetas románticos de la segunda mitad del siglo XIX. Un venezolano, radicado en el Perú, Juan Vicente Camacho y el escritor y diplomático peruano Ignacio Noboa, son los primeros en revelar en traducciones castellanas fragmentos del autor de *Hamlet*. Por 1860 algunas compañías extranjeras traen en sus repertorios las comedias y después los dramas de Shakespeare. Un poco más tarde han de surgir la edición de traducciones de obras íntegras.

José Arnaldo Márquez, gran traductor de Shakespeare

Le corresponde la primacía en esta tarea (de la versión de obras completas de Shakespeare) a José Arnaldo Márquez, romántico y limeño, multifacético y trashumante, quien por razón de varias estadas en la América del Norte, desempeñando cargos consulares, había adquirido el conocimiento y dominio del idioma inglés.

Estando en Barcelona por 1880, obtuvo contrato de la Editorial Maucci para traducir, conjuntamente con Marcelino Menéndez

diez y Pelayo, los dramas de Shakespeare. Al poco tiempo, en 1883-1884 aparecen los 4 volúmenes de la Biblioteca de Artes y Letras, elegantemente empastados, que contienen las obras traducidas. Dos tomos (el I y III) estuvieron a cargo de Menéndez y Pelayo, y los otros (el II y el IV) a cargo de Márquez. Este tradujo las siguientes piezas: Sueño de una noche de Verano, Medida por Medida y Cuento de Invierno (II) y Julio César, Como gustéis, Comedia de equivocaciones, Las alegres comadres de Windsor (IV).

Las versiones de Márquez fueron consideradas en su momento un dechado de exactitud y justeza en contraste con la vaguedad e infidelidad de otros intentos españoles anteriores. La expresión era elegante y muy medida y discreta.

Años después, las versiones fueron elogiadas y calificadas de espléndidas por Rubén Darío y el propio Menéndez y Pelayo —compañero de empresa— las llamó “una de las más calificadas versiones” y ajustadas tanto al espíritu del autor inglés como el genio de nuestra lengua. Es de presumir que Márquez prestó eficaz ayuda a Menéndez Pelayo en la parte que le cupo, pues lo superaba en el conocimiento de la lengua inglesa y que, a su vez, el polígrafo español —encargado de la supervigilancia total de la edición— habría pulido el estilo de Márquez, algo propenso a los galicismos o a los giros de la retórica romántica. El contacto entre Márquez y Menéndez Pelayo debió ser estrecho durante las frecuentes visitas del segundo a Barcelona, hechas para este y otros menesteres intelectuales.

En el empeño de traductor, como en pocas cosas de su múltiple vida, Márquez se mostró discreto y justo, ponderado y sencillo, cuidadoso y fidedigno.

No obstante la buena acogida de las versiones de Márquez —elogiadas en su época por figuras insospechables y reeditadas últimamente en Buenos Aires— la crítica española más reciente ha silenciado inexplicablemente hasta la mera referencia del traductor peruano, con injusto olvido.

Luis Astrana Marín, traductor de las **Obras completas** de Shakespeare editadas por Aguilar, ha omitido el nombre de Márquez en el recuento de los traductores del dramaturgo en lengua española, no obstante mencionar a Menéndez y Pelayo. El afán de si-

tuarse como el primer traductor de Shakespeare indujo a Astrana a desdeñar tan conspicuas versiones producidas por un hombre de inquietudes universales, a quien habría que proclamar el más calificado traductor de Shakespeare en el Perú y en Hispanoamérica.

Shakespeare en criollo

Nemesio Vargas, historiador y polígloto, estudioso y buscador de aspectos originales de las cosas, publicó a fines del XIX una traducción completa del **Hamlet de Shakespeare** (Lima, 1898), acaso la única edición erudita de la tragedia del Príncipe de Dinamarca hecha en América. (Completaba Vargas el empeño de Márquez, quien no comprendió dentro de sus versiones, la del **Hamlet**). Ricardo Palma, con cierta sorna, recomendaba esta traducción de Vargas a sus amigos, como "una delicia" y como "remedio eficaz contra el spleen". La razón de la ironía la examinaremos después. Veremos antes las virtudes de la obra.

Nemesio Vargas realizó en el empeño de traducir **Hamlet**, el primer intento de hacer en castellano una versión anotada, con gran aparato erudito. No desmereció el volumen de Vargas frente a otras ediciones universitarias europeas de Shakespeare. En la introducción de la obra, demostró Vargas un conocimiento cabal de la obra de Shakespeare y una información al día de los trabajos críticos de los mejores especialistas de Inglaterra, Alemania y Francia. Explicó cómo había trabajado su traducción y expuso los problemas lingüísticos de interpretación del texto antiguo, con gran lujo de citas de los críticos especializados. Superó sin duda las expectativas al realizar una traducción anotada y erudita, pues las versiones de Márquez habían sido meros traslados sin aparato bibliográfico ni crítico. Se permitía Vargas aseverar que "Shakespeare aún no ha sido traducido", con lo que dejaba de lado otros intentos incluso el de Márquez y Menéndez Pelayo, de quienes no quiso acordarse.

El carácter erudito de la obra de Vargas debe ser justipreciado en lo que significó en nuestro ambiente, con los escasos medios de que se disponía en aquella época. Ni antes ni después se ha emprendido en el Perú una semejante empresa en materia de traducción literaria.

En cuanto al texto mismo, hay muchos pasajes acertadamente trasladados, con expresión cuidada y justa. Sin duda, Vargas —hábil conocedor de lenguas muertas y vivas— conocía la lengua inglesa moderna y antigua. Pero el perfil grotesco de la versión surge cuando el traductor pretende trasponer la expresión particular y desenfrenada de personajes del pueblo. En la escena del cementerio los sepultureros alternan con Hamlet y usan la interjección criollísima "¡jajailas!" o el tratamiento y apelativo tan peruano: "Oye cholo", donde sólo existe un "hear you" en el original.

El democrático lenguaje de los buenos y rústicos panteoneros ingleses adquiere grotesco contorno en esta peruanización de sus expresiones, contenidas en la versión que regocijaba a Palma y a nuestros abuelos.

En descargo de la intención de Vargas pero no de su mal gusto, tal vez pudiera establecerse que el traductor pretendió subrayar el contraste entre la expresión señorial de reyes y cortesanos y la de gentes del pueblo. Otros traductores no se habían percatado de este contraste y habían atribuido a los personajes populares igual tono de dignidad y estiramiento que el de los nobles. Vargas quiso enmendar esa inadvertencia pero se excedió en el intento con los resultados ya apuntados.

Hay otras caídas, como cuando la Reina se dirige a Polonio y lo insta a que hable concretamente (*More matter, with less art*), lo cual traduce con un insólito neologismo: "menos espuma y más ginger ale". En otro pasaje el propio Hamlet califica de "guapos chicos" a dos cortesanos interlocutores, traduciendo así el "good lads" del original, o el mismo Hamlet pronuncia la interjección "Cascaritas!", poniéndose a tono con los sepultureros.

El anecdotario literario del Perú enriqueció su caudal con estas perlas, pero todo ello no opaca la esforzada tarea de un escritor peruano a quien la cultura del país debe uno de sus primeros estudios históricos nacionales y otras conspicuas traducciones del inglés, del italiano y sobre todo del alemán, idioma del que virtió con gran dignidad las obras "Emilia Galotti" y "Laoconte" de G. E. Lessing.

Ignacio Noboa, primer traductor fragmentario

Si es verdad que la primacía en la traducción de obras íntegras de Shakespeare le corresponde a José Arnaldo Márquez, también es cierto que el primer traductor de fragmentos **shakespirianos** fue sin lugar a duda, en el Perú, Pedro Ignacio Noboa, quien a la vez se perfiló un comentarista fervoroso del genio inglés desde las páginas de **La Revista de Lima**, en agosto de 1860.

Nacido en Arequipa en 1811, Noboa había recibido una cuidada educación humanista en París. Allí llegó muy joven (a los 15 años) y permaneció casi un decenio. Alumno del Colegio de Francia, recibió sólida formación jurídica y económica, escuchando lecciones del célebre Pinheiro Ferreira y del no menos famoso economista Juan Bautista Say. Pero en Noboa alentaba la vocación literaria que empieza a revelarse entre los años de 1830 a 35, en la capital francesa, al conjuro del movimiento romántico que encabezaba Víctor Hugo. Conoce allí también a José de Espronceda, entonces emigrado, y vive los días angustiosos de la Revolución de 1830 y el surgimiento de la querrela entre clásicos y románticos. No se ha insistido lo suficiente en la figura de Noboa como uno de los propulsores de la nueva corriente romántica a su regreso al Perú, en 1835, en lo cual sería con Felipe Pardo, su contemporáneo, un precursor de la siguiente generación, la de Palma y su bohemia, que irrumpe en el medio peruano a partir de 1850. Desde antes de dicha fecha, Noboa, radicado en Arequipa, actúa con el grupo romántico de dicha ciudad y publica sus primeros poemas en periódicos diversos, antes de ser consignados en **La Lira Arequipeña**. Discípulo de Andrés Martínez y vivanquista, resulta diputado en 1851-52, y en tal carácter se traslada a Lima, incorporándose al grupo romántico de Palma, quien lo cita y lo dibuja entre los más maduros y "peinando canas" como Manuel del Carpio, Manuel Freyre y José María Seguí. Alternaba el culto de las letras, con actividades políticas y labores jurídicas (en las que fue uno de los redactores del Código Penal de 1863).

Su dedicación a las letras es nutrida en dos publicaciones invalorables de la época: en **El Constitucional** (1858) y en **La Revista de Lima** (entre 1860 y 1861). En otras páginas examinamos la labor difusora, desde estas revistas, que emprendió Noboa de las

letras francesas; en ello se perfila como uno de los más conspicuos críticos y traductores de Montaigne, Boulanger y Victor Hugo, de quien resulta acaso el más nutrido comentarista y divulgador. Pero lo que ahora nos interesa es su contribución al conocimiento de Shakespeare en el Perú.

El pensamiento liberal de Noboa se había afirmado en la acción de las campañas de Benito Laso, Vigil, Mariategui, José Gregorio Paz Soldán y José Gálvez y como el Romanticismo se definía por entonces como "el liberalismo en la literatura", resultaba consecuente su inclinación a esa tendencia y su afición por el "democratismo" que exalta en Shakespeare y cierta reacción contra el "aristocratismo" (sic) del poeta inglés Byron, que encandila a la generación más joven. Por lo demás, del ideario liberal participaba toda la nueva generación de poetas románticos que como Ricardo Palma, reaccionaban contra el vuelco conservador del Presidente Castilla en 1860, no obstante que en 1854 había sido el caudillo de la revolución liberal. Noboa concidió con ellos y luchó en los periódicos mencionados. Un breve gobierno liberal lo llevó más tarde al Ministerio de Hacienda que desempeñó entre 1863 y 1864, para volver luego a la oposición hasta su nombramiento de diplomático en Chile (1869-1874), falleciendo al año siguiente en Valparaíso.

Casi 40 años antes que Nemesio Vargas, Noboa había escogido para traducir de Hamlet la misma escena de los sepultureros en el cementerio que dio tanto que comentar en la versión del primero. El criterio democrático con que miraba la producción de Shakespeare, induce a Noboa a seleccionar el fragmento para su traslado y para su comentario. Perseguía mantener la fidelidad del original pero atribuye a los sepultureros un lenguaje elevado y hasta erudito, tanto o más que en el original y hasta acentúa el tono jurídico con que se expresa el primer sepulturero. En el fondo no practica ningún "democratismo" en su versión y lejos de eso los personajes populares resultan hablando un lenguaje impropio de su condición modesta.

Noboa comenta que el teatro de Shakespeare

"es un inmenso grito de la Edad Media contra las desigualdades sociales... El autor interrumpe el drama de la corte para

hacernos asistir a esta bella escena democrática en que dos sepultureros... cavan el sepulcro de Ofelia y hablan entre ellos y poco después vendrá a mezclarse en la conversación Hamlet”.

Y así en la escena traducida por Noboa, el primer sepulturero se expresa de esta suerte:

Sepulturero 1:—Es evidente que ella ha muerto **se offendendo**: ni puede ser de otro modo; el punto de derecho es el siguiente: si yo me ahogo deliberadamente, esto denota un acto, y un acto tiene tres tiempos: el gesto, la acción y la ejecución: luego, ella se ha ahogado porque lo ha querido.

El lenguaje empleado es impropio. El sepulturero habla con la versación de un jurista y la exactitud de un hombre culto, connotaciones de que carece el original, no obstante el latinajo. Esa caída del traductor Noboa quiso posteriormente corregirla Vargas, acercándose a la fidelidad con el recurso de hacer hablar al sepulturero “en vulgar”, a fin de que diera la exacta impresión de su carácter popular. La intención era acertada en Vargas, pero su realización carece de la sutileza necesaria al no diferenciar entre lenguaje vulgar y lenguaje acriollado, con los resultados que sancionó el sarcasmo o la maliciosa sorna de los lectores peruanos de su época.

Todo hace pensar que Noboa no traducía precisamente del original sino de la versión francesa de Víctor Hugo. Lo delatan en el comentario al texto y en éste mismo, la frecuencia del vocabulario y la construcción galicista, que lo condujo a desnaturalizar el texto traducido. En cambio, es indudable la cercanía al original de la versión de Vargas y su acierto de pretender volcar la expresividad popular de los personajes modestos, aunque exagerando esos medios expresivos, sin contener en su justo límite su expansión temperamental. Este contraste ilustra los excesos del traductor literal y del traductor libre. El uno por ser demasiado fiel, deslustra el sentido y expresión del original. El otro, en su afán de lograr la versión más expresiva desnaturaliza el significado y logra sólo un efecto distinto e inesperado. Ambos traicionaron al autor, confirmando el antiguo apotegma: traduttore, traditore. Doble traición: en Noboa, por defecto; en Vargas por exceso.

Glosadores, exégetas e intérpretes de Shakespeare

Al lado de los traductores, destaca en el Perú una amplia gama de glosadores y exégetas de Shakespeare a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Por esa época decía Ricardo Palma:

“Traducíamos (los poetas románticos de la bohemia) con infinito trabajo a Shakespeare y Byron...”

En *El Herald* de Lima aparecieron por 1854, algunas versiones aisladas de Shakespeare y en *La Revista de Lima*, por 1860 (tomo II, pp. 153-156 y 290-297), Ignacio Noboa, diplomático y poeta arequipeño del romanticismo, publicó el primer artículo crítico sobre el autor de *Hamlet*, que precedía a la versión de una escena del acto V del mismo drama, que incluyó el célebre monólogo, y preguntaba Noboa a sus lectores:

“¿Quién se ha ocupado nunca de él entre nosotros?

¿Quién se ha molestado en trazar unas líneas dando a conocer la grandeza de sus concepciones? Creo que nadie”.

En efecto no hay rastro anterior a 1860 de exégesis o comentario de Shakespeare en el Perú.

Pero el mismo Noboa daba a conocer que alguna compañía de artistas españoles había representado años antes el *Hamlet*, seguramente alguno de los convencionales “arreglos” que se hicieron en la península desde fines del siglo anterior.

La crítica de Noboa era favorable a la mejor apreciación de Shakespeare, como dramaturgo social, en oposición al aristocratismo un tanto individualista de Byron, que había logrado notable difusión desde muchos años antes, influyendo decididamente a la nueva generación peruana de escritores. Y decía más:

“Vió pues, (Shakespeare) la sociedad por abajo, como Byron la vió por arriba... Tanto como Byron ignoraba y desdeñaba a la multitud (ha dicho V. Hugo) otro tanto Shakespeare la conocía y la amaba... por eso es que Byron aristócrata, ha dejado una obra de misantropía y de negación, al paso que Shakespeare hombre del pueblo, ha hecho una obra de afirmación y de humanidad”.

La generación que sigue a Noboa parece conocer más íntimamente a Shakespeare y resulta más identificada con su genio creador. No se comenta ni se traduce al genio, se le glosa y se le incorpora en los versos de esos poetas peruanos. Federico Flores Galindo le dedica una versada de 30 tercetos, publicada en **El Correo del Perú** en 1876, (Nº XLIV), de los cuales bastan como muestra los siguientes:

De tus obras no sé cuál más admiro
Si todas a la vez pasman mi mente
cual de los astros el eterno giro

.....

Cada tragedia tuya es un ejemplo
de crímenes, de amor y de heroísmo,
¡Sacras columnas de apolíneo templo!

y menciona a continuación el **Ricardo III**, el **Hamlet**, **Las alegres comadres de Windsor**, dando razón de sus lecturas fervorosas.

Otro poeta de la época, el tacneño Modesto Molina, en la misma publicación, (Nº XLIII), dedica a "Hamlet" unos cuartetos endecasílabos, que concluyen así:

Ante ese hombre que muere a cada instante
juguete de la duda y de la suerte,
me he dicho con el llanto en el semblante,
Señor... dormir... ¿así será la muerte?

Más calidad poética luce esta octava de **Aurora Amor** dedicada a Shakespeare, por Luis Benjamín Cisneros en 1885:

El pertinaz, desesperado grito
que lanzaba en la roca Prometeo
preguntando a lo eterno e infinito
el "porqué" de la vida y el deseo,
es el mismo de Hamlet el maldito
lúgubre loco, ante el inerte y feo
cráneo en que pace roedor gusano,
santuario ayer del pensamiento humano.

Las representaciones de **Macbeth** y **El Mercader de Venecia**, se han hecho más frecuentes, según registró **El Comercio de Lima** (6 y 11 de setiembre de 1865, 9 de junio de 1888, 4 de febrero de 1896, etc.).

Los comentarios periodísticos —v.g. el estudio de **Hamlet** por Scipion Llona, 1888— alternan con las monografías universitarias, como las tesis de Constantino Salazar (1890) y sobre todo la de Luis Miró Quesada (1903).

A fines de siglo, la figura de Hamlet mantiene la obsesiva atención de los modernistas. José Santos Chocano le dedica dos poemas de su libro **La Selva Virgen** (Lima, 1896) y al poco tiempo el drama **El nuevo Hamlet**, estrenado en 1898 y publicado al año siguiente. El personaje principal es un ser atormentado por el problema psicológico de Hamlet de lo cual da idea esta cuarteta:

Sí... Hamlet... el día aquel,
en que me quise matar,
también me puse a pensar
en Hamlet; mi guía es él.

El siglo XX

Contrastando con Manuel A. San Juan que a fines del XIX, al exaltar la figura de Voltaire, deprimía y desdeñaba a Shakespeare, Enrique Bustamante y Ballivián, poeta postmodernista, hace gala de su culto hamletiano:

Ser o no ser; la acción, el pensamiento
nada importa. Perdidas,
como las olas, pasarán las vidas,
la vida es un momento,
y es eterna la Muerte,
entre el ser y el no ser,
la razón del no ser es la más fuerte.

Poco después, en 1915, otro poeta de esa misma generación aunque de otra calidad, Felipe Sassone, estrenaba en Madrid, su tragicomedia en 4 actos, **El intérprete de Hamlet**. En un dramaturgo a la caza de éxitos fáciles, tal elección demuestra que en la época de su estreno, el interés por Hamlet era latente, tanto en los medios hispanoamericanos como en el medio español.

Se han agregado por ese tiempo otros traductores selectos de fragmentos como Germán Leguía y Martínez y Manuel Beltroy.

En años más recientes, Shakespeare ha pasado al acervo popular, gracias a las ediciones populares (como la de **La Prensa**, en 1917), a los comentarios de divulgación (como los de A. Valdelomar, Rodolfo Ledgarci, Aurelio Miró Quesada, Emilio Armaza, etc.), a las investigaciones de psicología aplicada a los personajes, a los estudios universitarios, a su incorporación en los programas literarios de secundaria, a su difusión en excelentes transposiciones cinematográficas y a la presentación teatral a cargo de profesionales y aficionados de calidad, con un nuevo sentido de la escena.